



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 19. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 18 Mayo 1877. | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXVII.

SUMARIO.

Revista de modas, por Joaquina Balmaseda.—Trajes de verano: Vestido princesa.—Vestido de faya y granadina.—Vestido con cordones.—Paletot para viaje.—Manteleta de moda.—Manteleta dorman.—Vestido con adornos de fleco.—Traje con manteleta y echarpe.—Fichú y echarpe de tela ligera.—Paletot adornado con lazos.—Paletot Ulster.—Abrigo para viaje.—Paletot con manga dolman.—Paletot para campo y

viaje.—Vestido para niña.—Vestido con plisés para niña.—Vestido inglés para niño.—Sombreros de novedad.—Sombrero Roberto.—Sombrero Palquister.—Sombrero Penchicoff.—Sombrero Florentino.—LITERATURA: Los desgraciados, poesía, por José T. de Cuéllar.—Las dos fortunas, por José Seco y Shelly.—Marina, por Angela Grassi.—Bibliografía, por Vicente Cuenca.—Variedades.—Explicación del figurín.

REVISTA DE MODAS.

En las carreras de Long-champs, donde aparecen todos los años las últimas novedades del traje femenino, donde tienen carta de naturaleza todos los *atrevimientos* de la Moda, parece que se están presentando las más elegantes damas parisienses con las combinaciones de liso y brochado, ó liso en dos tonos, ceñidas de arriba, con cola postiza en el traje, ó echarpes que envuelven la falda; todo esto, mezclado y confundido con plisés, ruches, galones ó flecos de gran precio: en resumen, lo conocido en hechuras y adornos, asomando por entre todo ello los abigarrados colores de algún traje breton, y extendiéndose sobre todos los vestidos y todos los efectos las flores, como una verdadera invasión. Flores con profusión en los sombreros, flores bordadas en los galones que adornan los trajes, flores en el pecho, ¡flores, en fin, hasta en la sombrilla! Las sombrillas que se han visto en las carreras, las admisibles por lo tanto para carruaje, son negras, del tamaño de *en tout cas*, con el cual se confunden, y forradas de un color vivo, como mandarin-
vesubio, verde-ajenjo, y guarnecidas de galon en su mismo color y brochado de flores: son sombrillas muy vistosas, propias sólo para carruaje, pero que permiten á cada señora elegir el color que preste reflejo más favorable á su rostro.

Los colores tilo y mandarin van haciendo prosélitos entre las damas, y en los brochados de espigas cruzadas, grano de trigo, conchas menudas y nevadas, estos dos colores se ven combinados con otros muchos. Los trajes negros con el color mandarin son muy bellos, y el tilo con rosa ó con verde claro hacen muy buen efecto, habiendo llegado á mis manos un modelo en este género, y forma de túnica muy nueva, que no puedo menos de describir á las lectoras del CORREO. La falda de seda, color de tilo, va lisa y á gruesos cañones; la cola por detrás (cola postiza), haciéndose la parte de adelante de seda tilo y verde rayada, con plegados y ruches á conchas, adorno de novedad: la túnica, escalonada, lleva el centro de adelante color de tilo, y lo mismo el centro de la espalda, que se detiene á formar una larga aldeta, así como por delante, la otra parte, un chaleco que baja á mitad de la falda; el resto de la túnica es de tela listada verde y tilo, bajandó desiguales del borde inferior cada una de las piezas y reuniéndose las últimas en un recogido al pié de



1 Y 2. VESTIDOS PARA SALON.

1. Vestido princesa con cola postiza.

2. Vestido princesa, de faya y granadina.

la aldeta de la espalda, con gran lazo, echarpe de las dos telas; mangas lisas, y cuello rayado. Esta combinación de túnica es de gran novedad, y corresponde al estilo último de los trajes princesa de combinación, en que se ponen de una tela los centros de adelante y de atrás, y de otra el resto del vestido, confundiendo ambas para los adornos.

Háblase mucho de vestidos cortos, y para campo se harán fíjamente sin cola, modificación precisa con las

exageradas colas que hoy se llevan, y serian un contrasentido en el campo y en la playa. No por esto vayais á creer, lectoras mías, que se trata de los antiguos vestidos de pastora, que necesitaban una cuarta más de largo para llegar al suelo; nó: se trata de hacer el vestido tocando al suelo y redondo, lo que permite recoger más fácilmente la falda con los pajes; y aunque se deje suelto, no arrastra consigo la arena de la playa ni los rastros del campo, como hoy arrastrarian las pesadas colas á cañones y con profusión de adornos, que se usan en vestidos más ricos. Para trajes de campo, las túnicas princesa, los cuerpos Luis XVI, de aldeta larga, abiertos sobre chaleco, y los paletots bretones, correspondientes á los vestidos, serán las hechuras dominantes; las lanas ligeras, las granadinas nevadas, el foulard y los percales, serán las telas encargadas de ataviar á las damas para las excursiones al campo y la playa, y las mismas mezclas de liso y rayado ó de galones, que se admira en los vestidos buenos, se verán reproducidas en los trajes de percal y *moulinus*. El azul con maíz, el nevado para con tilo y el verde sauce rayado de rosa y malva, son combinaciones deliciosas, y por lo atrevidas recomendables en las telas de algodón de poco precio, que cumple su objeto en una sola estacion. Asimismo, las telas de algodón finas, en colores oscuros, como azul-marino y verde mirto con cenefas de colores, imitando las de cachemir, harán vestidos de campo deliciosos, y muy particularmente los llamados *bretones*, con su paletot igual. Los bullones y plegados serán adornos propios de estos trajes de verano.

Los sombreros de paja empiezan ya á representar gran papel en el mundo elegante, y para vestir se ven en los paseos y teatros los de ala de paja y fondo bullonado, con bridas ó sin ellas; pero, en caso de usarlas, de tul, ó de la misma gasa que forma el fondo; todos ellos llevan coronas de flores y diademas de las mismas, ó ruche de tul ó de gasa debajo del ala. Como sombrero de campo, el *pallaissou* negro, de copa algo elevada y adornado de primaveras, botones de oro ó junquillo: estas flores, por corresponder al color de moda, serán muy estimadas, porque el amarillo-mandarin, como han dado en llamarle, está gastándose en París con tal furor, que, así como en la época del color crema impusieron las damas á los bailes el nombre de *bailes blancos*, así ahora los paseos y los teatros debe-

rian llamarse amarillos. ¡Librenos Dios, y guárdense las españolas, del abuso de tal color! Para cumplir con los preceptos de la moda, basta un toque de ese tono, combinado con cualquiera otro. Los sombreros, además, admiten como adorno las bellas cintas brochadas, en lazadas ó retorcidos, y los grupos de plumas.

En lencería hay caprichos de verdadera elegancia, aunque las grandes casas de producción generalicen los juegos de cuellos y puños lisos, que expenden con sin igual baratura; hay cuellos que forman en una dos y tres solapas cuadradas; otros, á tablero de damas, formado por calados, y los hay de entredoses y calados con encajes al borde, que son de gran elegancia, y se completan á veces por una corbata de encaje pasada por una sortija. Las golas y los pequeños cuellos fichús, que bajan plegados y guarnecidos de encaje á cerrar con lazo en el pecho, son adornos privilegiados, y que favorecen mucho al rostro.

Una grata nueva, para concluir, á las que presumen de bonito brazo: las mangas, que se detienen á la altura del codo con guarniciones y plegados, devolverán el antiguo favor á los mitones de malla largos, que este año se verán, negros, blancos ó crudos, reemplazando, ó alternando por lo ménos, con los guantes de hilo de muchos botones.

JOAQUINA BALMASEDA.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 Y 2. TRAJES PARA SALON.

1. *Vestido princesa con cola postiza.*—Móntase el paño que forma la cola con una cabeza fruncida á unos 30 centímetros del talle, y va cortado al hilo por arriba, y sacada la cola por abajo; la parte de adelante va adornada de echarpes y flecos, con biés de otro tono á la pegadura, y del mismo baja una quilla en cada costado, terminada por fleco. El adorno de abajo es un volante con ruche-pluma á la pegadura; escote, y manga con plegados y encaje.

2. *Vestido princesa, de faya y granadina.*—Los bullonados, de granadina rayada, son del mismo color del traje, y se sujetan con plegados de encaje ó de la misma granadina, que bajan en quillas, formando conchas entrelazadas con cinta, descendiendo la granadina por detrás sobre la gran cola del traje. Camiseta plegada, y mangas de granadina, con plegados alrededor del escote-bocamanga.

3 Á 6. SOMBREROS.

3 y 4. *Sombrero Penchicoff y Roberto, con ala estrecha.*—El ala forma bullonado de cordones orillado de cinta-rosa, y el resto del adorno es un ancho biés negro, forrado de rosa, plegado alrededor del fondo, y terminando á un lado por punta nesgada, y al otro por lazadas escalonadas; ruche de tul debajo del ala.

5. *Sombrero Florentino de copa elevada.*—Esta forma conviene sobre todo á personas jóvenes, y nuestro modelo es de faya color tilo, forrado de azul-claro, y el borde con guarnicion muy fruncida por cordones; guirnalda de miosótis y cinta del color del sombrero.

6. *Sombrero Malquister, de fondo bullonado.*—El ala, de paja blanca, lleva el fondo de seda color azul-pálido; una cinta de faya igual rodea la copa y forma lazo por delante, completando el sombrero guirnalda de flor de tilo y capullos de rosa. Las bridas, una azul y otra color de tilo, completan el sombrero.

7 Á 10. TRAJES PARA NIÑOS.

7. *Vestido para niña.*—(Patron: en el pliego por el reverso, núm. XIV, figs. 58 á 61.)

Es de tela de lana rayada, liso por delante y cerrado en biés, necesitando la misma anchura por ambos lados, y haciendo los ojales en el lado de adelante, lo que permite recoger más ó ménos por delante el vestido: los ojales y botones de la parte inferior son figurados, y el cuello y mangas se adornan con galones.

8 y 9. *Vestido princesa, para niña.*—Patron para este traje encontrarán nuestras lectoras en números anteriores: la espalda se hace sin pliegues, pudiendo cerrar al costado, como le presenta el núm. 8, ó por detrás, como el número 9. El primero, de tela rayada gris y blanca, se adorna de biéses de color gris, corto; y el segundo, de tela lisa, lleva un galon bordado y un plegado de seda. Limosnera con los mismos adornos y suspendida de un cordón.

10. *Vestido inglés para niño.*—El número próximo ofrecerá la parte de adelante y adorno de este vestido; entre tanto diremos que es de tela gris, plegada, y con biés escocés en el centro de cada tabla, y echarpe de la misma

tela escocesa. Cuello y vueltas de manga adornados de los mismos biéses.

11 Á 27. TRAJES Y ABRIGOS DE SEÑORA.

11. *Vestido princesa, recogido.*—(Patron en números anteriores.)

Este vestido es de bengalina oscura, con vivos en las costuras de un color más claro, y terminado por un plegado con ribete al borde superior; el principal objeto de este grabado es presentar la cola, recogida por medio de un botón cosido debajo de la limosnera, y de presillas convenientemente dispuestas al probar el traje: la limosnera va suspendida por un cordón.

12 y 13. *Paletot para viaje.*—(Patron: en el pliego por el derecho, núm. I, figs. 1 á 7.)

Es de alpaca negra y blanca á pequeñas rayas formando cuadros, ribeteándose todas las costuras con negro: córtase con más ó ménos piezas de la espalda, según se quiera de adorno, y cierra por delante con doble carrera de botones. Este modelo tiene 120 cents. de largo por delante, 130 por detrás, 240 de vuelo. Sombrero de paja negra, con cinta negra y de color.

14 y 15. *Manteleta de entretiempo.*—(Patron en el pliego por el derecho, núm. III, figs. 15 y 16.)

Esta manteleta, que ha de hacerse en faya ó cachemir, se sujeta al talle por delante, y se dejan caer sus dos puntas cuadradas: rizados de la misma tela, entredoses y flecos de pasamanería, la enriquecen.

16 y 17. *Manteleta-dolman.*—El pliego de patrones ofrece el de este abrigo de primavera, holgado y cómodo, y á él acompaña su explicación: puede hacerse en cachemir ó granadina, con galones y flecos, y de ambas telas le presentan nuestros modelos.

18. *Vestido con túnica.*—(Patron en el pliego por el reverso, núm. XX.)

El número próximo ofrecerá además un pequeño croquis para la ejecución de este vestido, que puede hacerse de dos telas en distinto color liso, ó lisa y rayada, como le presenta nuestro modelo. La forma es muy original, y por los croquis se puede hacer de dos distintas maneras por detrás. El vestido cruza por delante como indica el núm. 18, y bajo el delantero que cruza se añade un segundo delantero signiando para el talle las indicaciones de puntitos, del patron: la espalda se corta por el patron, y el echarpe monta con cabeza y descende por detrás sobre la falda. El fichú de la misma tela se guarnece de un plisé de crespon, y el patron ofrece la forma de él.

19 y 20. *Trajes con manteleta y echarpe.*—(Patrones en el pliego por el derecho, núm. VIII, fig. 40, y por el reverso, núm. XIII, fig. 57.)

La manteleta fichú se hace de cachemir parisien, ó cualquiera tela ligera, y el echarpe lo mismo, adornados de entredos y encaje, ó fleco y biésitos encima: el echarpe oculta perfectamente el término de la coraza, convirtiendo el traje en uno de forma princesa. Los lazos son del color del echarpe, que para jovencita puede hacerse en rosa-bajo, azul ó blanco. El segundo es de tul ó gasa, con entredos de encaje y plegado al borde, guardando una forma semejante al anterior; el echarpe y sólo el fichú varía algo, para lo cual va patron aparte en el pliego mismo, en el núm. X. La manga, que llega sólo al codo, con plegados y lazos, acaba de dar carácter de sociedad y teatro á este traje de color claro.

21 y 22. *Paletot Ulster para señora.*—(Patron en el pliego por el reverso, núm. XVIII.)

Al patron acompaña la explicación de este abrigo de forma conocida, pero siempre útil para viaje y playa: hácese de vigoña ó lana inglesa, con cuello y vueltas de seda.

23 y 24. *Paletot de entretiempo.*—(Patron en el pliego por el derecho, núm. II, figs. 8 á 14.)

Córtase con la espalda de muchos pedazos, y mientras el núm. 23 le presenta de cachemir negro, el 24 le muestra de lana dulce rayada en dos tonos gris: el primero se adorna con lazos de faya, y el segundo con galones negros. Sombrero de paja negra.

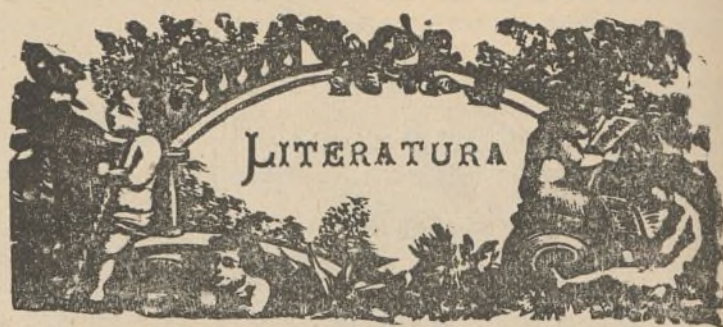
25 y 26. *Paletot con manga esclavina.*—(Patron y descripción en el pliego de patrones por el reverso, núm. XI, figs. 52 á 55.)

Es de alpaca rayada ó lana dulce, tan largo como el traje, y adornado de galones y botones de su color: utilízase también como abrigo de viaje y campo.

27. *Paletot de viaje.*—(Patron y explicación en el pliego por el derecho, núm. I, y por el reverso, núm. XIX.)

Es la forma del paletot ya conocida, holgado, y que sirve de complemento al traje de campo y viaje, que oculta por completo: puede hacerse en tela de lana inglesa, impermeable ó comun, rayada ó lisa. Sombrero de paja negra.

JOAQUINA BALMASEDA.



LOS DESGRACIADOS.

Si en las tranquilas horas de la tarde,
Del viento en el monótono sonar,
Oís entre las hojas de los árboles
Gemir ó suspirar,
Y os parece ilusion de los sentidos
Y que es rumor de hojas nada más;
Pensad en los que lloran en el mundo
Con angustioso afán,
Y sabreis cómo el viento ha arrebatado
Al tedio, á la miseria, á la orfandad,
Esas notas tristísimas que suenan
Allá en la soledad.

Si os asomáis al cristalino arroyo
En una hora de calma y de solaz,
Y el rítmico murmullo de sus aguas
Que corren sin cesar,
Os deja percibir raras cadencias,
Ó una nota argentina y musical
Que, perdiéndose á veces y creciendo,
Parecen sollozar;
No penseis que el impulso entre las guijas
Pudo tales sonidos arrancar;
Es que el agua se lleva entre sus ondas
Las lágrimas al mar.

Si en el silencio de una noche lóbrega
En que ruge furioso el huracán,
Y en que os halleis á solas meditando
En dulce bienestar,
El viento al penetrar por las rendijas
Gime medroso y lúgubre y se va;
No penseis que es el genio de las sombras,
Ni la turba falaz
De trasgos, de vampiros y fantasmas
Que os burlan con sus cábalas; pensad
Que esos gemidos que conduce el viento
Son una realidad:
Han salido de un pecho acongojado,
El viento los halló en la inmensidad,
Y los lleva despues, de puerta en puerta,
En busca de piedad.

Y si despues del baile, en la mullida
Y vaporosa almohada os reclináis,
Y aún vibra en vuestro oído la cadencia
Del fugitivo vals,
Y las manos de rosa de los sueños
Logrando vuestros párpados cerrar,
De súbito tembláis sobrecogidos
Volviendo á despertar;
No preguntéis la causa á los salones
Que os vieron un momento delirar;
No le pidáis la clave á las delicias
Que acaban de pasar:
Es que vuestra alma, de gozar cansada,
Recobró en vuestro sueño libertad,
Y sintió, al contemplar á los que sufren,
La herida del pesar.

Orad entónces; y si blando y tierno
Teneis y noble el corazón, orad,
Orad por el que sufre, por el pobre,
Y por el criminal;
Por el que, torpe, en la maldad se sacia;
Por el que, ciego, en el error está;
Por el que, enfermo, á su dolor sin tregua
Ya no resistirá.

Y cuando al coro de perdon adune
Vuestro pecho su efluvio de piedad,
Vuestros ojos el ángel de los sueños
Contento cerrará.
Y si al oír mis versos, por ventura,
Os conmueve un afecto fraternal,
Y pensáis un momento en los que lloran
En dura adversidad;
Sabed que no soy yo: los desgraciados
Son los que os hablan en su inquieto afán:
¡Pobres víctimas tristes de la suerte!
¡Rogad por ellas con amor, rogad!

Marzo 12 de 1877.

JOSÉ T. DE CUELLAR.



Pl 314.

EL CORREO DE LA MODA.
Periódico ilustrado para las Señoras.
 Plaza de Isabel II^a 2, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

LAS DOS FORTUNAS.

CUENTO PARA NIÑOS.

(Conclusion.)

Interin que esto sucedía en el cortijo, el infeliz Mariano no avanzaba de una manera rápida en la carrera de infamias y crímenes á que últimamente le hemos visto dedicarse: Pepe Tormentas era un excelente maestro, y su discípulo no podía desmentir la fama del que le enseñaba y dirigía: Mariano no tenía rival para eso á que los ladrones de cierto género dan el nombre de entierros, y que consiste en estafar á alguna persona, pidiéndole dinero adelantado para llevar á cabo algun negocio, tal como descubrir un tesoro que se supone oculto, y del cual se dan señas exactas con el plano y demas particularidades.

El discípulo era tan aventajado, que seguramente podía ya trabajar por su cuenta sin riesgo de ningun género; pero como gastaba mucho más de lo que Pepe le daba, y le debía á éste cantidades muy respetables, que iban á morir sobre el tapete verde de alguno de esos garitos inmundos é inmorales que tanto abundan en Madrid, resultaba de aquí que Pepe lo tenía cogido como raton en ratonera, y no podía moverse de su lado ni dejar de hacer cuanto aquél le ordenara; que de otro modo no hubiera podido sostener sus vicios.

Pero llegó un día en que fué el maestro el que abandonó al discípulo, y éste se encontró solo primero, y sin un céntimo en el bolsillo, y preso despues, de nuevo encerrado en un calabozo y sujeto á una causa criminal por estafa y falsificación.

Hé aquí, sobre poco más ó ménos, lo que habia sucedido.

Despues de largos trabajos y muchos preparativos, pruebas y tentativas, que no se cogen truchas á bragas enjutas, habian conseguido maestro y discípulo imitar de tal manera los billetes del Banco de España, de aquellos de la serie de cien escudos, que cualquiera al primer golpe de vista, y no siendo muy entendido en la materia, los hubiera tomado por buenos y legitimos: hicieron larga tirada, que no se pararon en barras, y quisieron sin duda llenar á España de papeles de colores á cambio de buenas monedas de oro y plata, y empezaron á repartir á diestro y siniestro, cambiando, aquí uno y más allá dos, unas cuantas docenas de ellos, hasta que algunos dias despues de empezada la operacion, y cuando ya Pepe habia recogido y trasegado á sus bolsillos unos cincuenta ó sesenta mil reales, ocurrió que uno de los que habian cambiado aquellos billetes, tendero al por menor de la calle del Humilladero, tuvo necesidad de cambiar de nuevo, fué al Banco á hacerlo, reconocieron allí el billete, diéronlo por malo, contáronlo los periódicos, lo supo Pepe, que puso piés en polvorosa llevándose cuanto en casa tenían, y quedó Mariano, que nada sabía, con algunos billetes más en el bolsillo, de los que, al ir á cambiar uno, se apoderó la autoridad, llevándole á él al Salladero, como presunto reo, y empezando una causa, de la que resultó él sólo culpable, porque, aun cuando denunció á su compañero, no se encontró ni el rastro siquiera, y cuyo final fué salir condenado á muchos años de presidio, aunque nó tantos como el delito merecia, porque se tuvieron en cuenta las circunstancias que en él concurrían, y porque el pobre Antonio, que lo supo en seguida, trabajó cuanto pudo para evitar que la condena fuera muy grande.

Y ¡para coincidencia! el mismo día que Mariano, conducido por la guardia civil para Ceuta, salia de Madrid, salian tambien de la cárcel de mujeres, para ser instaladas en Alcalá de Henáres, su suegra y su mujer, que habian sido condenadas á muchos años de galera.

XII.

Antonio habia gastado casi cuanto poseia para trabajar en Madrid á favor de su hermano, porque, aunque entonces quiso utilizar los antiguos conocimientos de su padre, aquellos conocimientos de que tanto se honraba y con los que creia todo posible, se encontró con que nada podía hacerse por favor, y era preciso gastar algun dinero; no fué mucho, porque no le tenía; pero si hubiera habido necesidad de vender hasta el último terron de su hacienda, seguro que no hubiese vacilado un momento.

Desesperado en vista de que los resultados no habian correspondido á sus esperanzas, si bien le quedaba el consuelo de que, siendo su hermano jóven aún, y nó muchos los años que habia de ser huésped de Ceuta, llegaría aún un día en que pudiese verle volver á su casa, arrepentido y dispuesto á enmendarse y á borrar su infame pasado con toda una vida de trabajo y de honradez, se fué de nuevo á lo que le quedaba de su cortijo, y cogiendo él mismo el azadon púsose á trabajar con doble

ahinco, para recuperar lo perdido primero, y para poder mandar algo á su hermano, que daba muestras de estar muy arrepentido, y á quien él no queria que le faltase nada en aquella infame casa que habitaba.

Pasaron los años: el trabajo continuado de aquel estimable jóven dió sus resultados, y cuando Mariano cumplió su condena habia su hermano recobrado el cortijo, y era además dueño de una hermosa dehesa que en dote le habia llevado una honrada y bellísima labradora, con quien unos meses ántes se casara. En muchas leguas á la redonda era muy difícil encontrar otro matrimonio más feliz: á él ya le conocemos; de ella sólo podemos decir, como su mejor elogio, que Mariano, á los pocos dias de conocerla, confesó que por una mujer como aquélla, por más que solamente se llamase Josefa Rodriguez, apellido tan comun y que no descendia con seguridad de ningun Quiros ni García de Paredes, era muy posible la felicidad, y hasta que se olvidase uno de la prosapia de su nombre.

Añadir aquí que Mariano fué perfectamente acogido en casa de su hermano, fuera hacer una ofensa á nuestros discretos lectores, que deben haberlo comprendido así, conociendo, como conocen ya, el bellissimo corazon y el noble carácter de nuestro héroe: la vida del presidio; la última leccion, bien terrible por cierto; la vergüenza de su situacion, todo habia contribuido al arrepentimiento de Mariano, arrepentimiento sincero y leal, sellado con lágrimas ardientes y confirmado más adelante por una vida ejemplar, dedicada completamente al trabajo, á ese trabajo que no deshonra nunca, sino que enaltece al que á él se dedica, por lo mismo que Dios le impuso al hombre como castigo cuando por su soberbia y su vanidad malditas le arrojó para siempre de aquel paraíso que para él sólo habia colocado sobre la tierra.

Algun tiempo despues de la vuelta de Mariano, los incendios y las tentativas de robos se recrudecieron de nuevo en aquella comarca: hablábase de la existencia de una cuadrilla de foragidos que nada respetaban, y toda la guardia civil de la provincia se habia puesto en movimiento con objeto de perseguirlos: el país estaba aterrado, y los labradores, aislados en el campo, sin esperanza de pronto socorro en caso de un ataque nocturno, decidieron, aconsejados por Antonio, formar de entre ellos mismos una guardia rural que protegiese las vidas y haciendas de todos.

Hízose así; y una noche oscura, de esas en que, como suele decirse vulgarmente, apénas se ven los dedos de la mano, varios gañanes, que al mando de Mariano prestaban servicio entre el cortijo de Antonio y otros dos inmediatos, sorprendieron una partida de seis hombres que se disponían á escalar aquél: entablóse la lucha, que ellos sostuvieron con firmeza al verse atacados, y acudiendo al ruido las gentes de la casa, con Antonio á la cabeza, consiguieron apoderarse de tres bandidos, dejando otros tres malheridos á los piés de la tapia misma por donde intentaban dar el asalto.

Al ser reconocidos estos últimos, uno de ellos, cuyas heridas eran de mucha consideracion, distinguió á Mariano entre los que le custodiaban, y con una fuerza que no era de esperar en él, atendido el estado en que se encontraba, se lanzó sobre nuestro amigo, blandiendo una descomunal navaja que aun no habian tenido tiempo de quitarle; el mismo esfuerzo que hizo, sin embargo, le quitó la poca vida que le quedaba, y cayó á los piés del que habia querido hacer su víctima, murmurando una horrible blasfemia, que un golpe de sangre cortó en sus impuros labios.

Entonces pudo acercarse á él Mariano, y lanzó un grito de sorpresa: era Pepe Tormentas, el mismo que le habia hecho bajar de infamia en infamia hasta el presidio.

La guardia civil recogió al día siguiente á los presos; formóseles causa y se supo que uno de ellos era el célebre Gorgulla, el asesino de la pobre familia del marqués de Siete-Suelos, y el que verdaderamente fué causa de las desgracias ocurridas á Mariano.

Juntos ya los dos hermanos, la hacienda de Antonio prosperó mucho, tanto que hoy pasa como uno de los más ricos labradores de la comarca: él no es orgulloso; reparte mucho de lo que tiene entre los pobres, que le colman de bendiciones; y cuando alguna vez habla con su hermano de las riquezas que ha conseguido poseer, suele decirle, dando fin con esto á su conversacion:

—Es verdad que soy rico, Mariano; es verdad que nada me falta; pero piensa más que en eso en cómo he podido alcanzar lo que poseo: tú tuviste más, muchísimo más que yo, cuando te favoreció la lotería; pero el dinero que no se ha ganado con el sudor de nuestra frente, pronto se gasta, por lo mismo que no se sabe lo que cuesta el adquirirlo; y lo que, trabajando, se llega á poseer, sobre ser de más valor muchas veces, se guarda en vez de derrocharlo, y se le hace producir mucho más, con la ayuda de Dios, que no abandona nunca al que de

véras le teme y de véras le quiere. Él, trabajando como un simple carpintero, ennobleció el trabajo: no hay apellido ni rango, por noble que sea, por elevado que esté entre las grandezas de la tierra, que llegue á lo que Él vale y representa; así, pues, juzga si habrá deshonra en trabajar, cuando lo que se posee no es bastante para vivir con arreglo á nuestras aspiraciones. No olvides además, y dé esto fin á mis reflexiones, que hay un refran que dice, y tengo para mí que nuestros refranes son grandes verdades, *que la ociosidad es madre de todos los vicios.*

MANUEL SECO Y SHELLEY.

Abril, 1872.

MARINA

POR

ANGELA GRASSI.

(Continuacion.)

—No te aflijas, dijo alegremente el czar; yo te ayudaré á buscar las setas, y verás cuántas cogemos en un instante.

Pasieron ambos manos á la obra, y en breve la cesta estuvo llena.

—¿Vives muy lejos? le preguntó Dimitri cuando hubieron terminado su tarea.

—Nó señor; detras de aquel montecillo en donde se ven aquellos árboles y aquellas casas.

—Dame la mano: te acompañaré y no tendrás miedo. Echaron á andar los dos juntos.

La niña, con esa movilidad de la infancia que pasa rápidamente de las lágrimas á las risas, andaba jugando, saltando, embelesando á Dimitri con su inocente charla.

Su vivienda no estaba tan cercana como ella habia dicho, y cuando llegaron á la miserable casucha, en cuyo dintel la aguardaba su amo con el látigo enristrado, era ya de noche.

Dió el czar á aquel estantigua, viejo y andrajoso, algunas monedas de oro, diciéndole que la niña dejaba de estar á su servicio, y mandó á ésta que le condujese á ver á las tres hermanas que habian concedido á su padre generoso asilo.

Habitaban éstas en una choza tan miserable como la primera, reducida á una sola estancia, mitad dormitorio, mitad cocina.

Entró Dimitri, y sentándose en la única silla de paja que allí habia, dijo á las tres hermanas, que habian acudido, al verle entrar tan de improviso:

—Oid, oid: ha llegado á saber el emperador que, siendo tan pobres que os manteneis de espigar en los campos de los ricos, habeis recogido á un anciano paralítico, tratándole como si fuese un divino huésped que os hubiere mandado el cielo, y quiere recompensaros por vuestra caridad.

Os señala desde hoy una pension, con la cual vivireis desahogadamente, exigiendo sólo que tengais en vuestra compañía á esta niña y la deis educacion cristiana y esmerada.

Tomad esto á cuenta.

Vació sobre una mesita de pino las monedas que quedaban en su bolso, y levantándose con presteza salió y desapareció entre los árboles, dejando á las tres mujeres extáticas de júbilo y sorpresa.

Ya no podia pensar en ir á Mojaisk, sino en regresar á Moscou, del cual no estaba muy distante, pues se veían sus altos campanarios á favor de los rayos de la luna que iluminaba toda la campiña.

Volvió al camino real; pero, al desembocar en él por un atajo, vió pasar á un jinete, cuyo caballo se dirigia á galope tendido á la ciudad.

—¡Alejo! gritó con explosion de loco júbilo.

Llegó á oídos del jinete aquel grito lanzado en medio del silencio de la noche; detuvo el caballo, y arrojándose de él precipitadamente, exclamó asombrado:

—¿Sois vos, señor! ¡Vos sólo en medio de los campos! ¡el czar de Rusia poniendo su preciosa vida á merced de algunos bandoleros!

—¿Pues qué, no tengo mi espada? respondió Dimitri sonriendo; y además, el pueblo me ama...

Pero no hablemos de esto...

Bajó los ojos, puso las manos sobre su corazon, para contener sus tumultuosas palpitaciones, y balbuceó en voz baja:

—¿Y ella?

—Iba á anunciaros que acaba de llegar á Mojaisk.

Dimitri se apoyó en un árbol, sintiéndose desfallecer, abrumado bajo el peso de su emocion.

Luégo se abalanzó de improviso hácia Alejo, y exclamó, juntando las manos con trasporte.

—¡Vamos á Mojaisk!

—Marina se ha retirado á su estancia; tal vez le parecería inconveniente que fuerais á turbar su reposo.

—¿Se cuál es el edificio en donde se ha hospedado, repuso Dimitri anhelante; sé cuál es la estancia que la tenían destinada; es un palacio situado detras de la iglesia, de la cual sólo le separa un pequeño parque que no está cercado. No quiero presentarme á ella; no quiero turbar su reposo... quiero respirar por un instante el aire que ella respira; quiero acercarme á su ventana y decirle á mí mismo: ¡¿quién está?

—¿Cómo podré expresarte el mundo de delicias que encierran para mí estas dos solas palabras: ¡¿quién está? parece que es un coro de ángeles el que las repite dentro de mi corazón, embriagándome con su divino canto...

Hay que ser indulgente conmigo, Alejo: muchas veces ella me ha llamado el *hombre-niño*. Si niño para adorarla, hombre para defenderla aún á costa de mi vida.

Tu corcel es brioso, y nos llevará pronto á los dos... en menos de una hora estaremos de regreso en el Kremlin...

¡Sígueme!

Montaron ambos el caballo, que se lanzó al galope, y pronto llegaron á las primeras casas de la aldea.

Entonces Dimitri detuvo el fogoso bruto, y dijo fijando en Alejo sus miradas llenas de ternura y de entusiasmo:

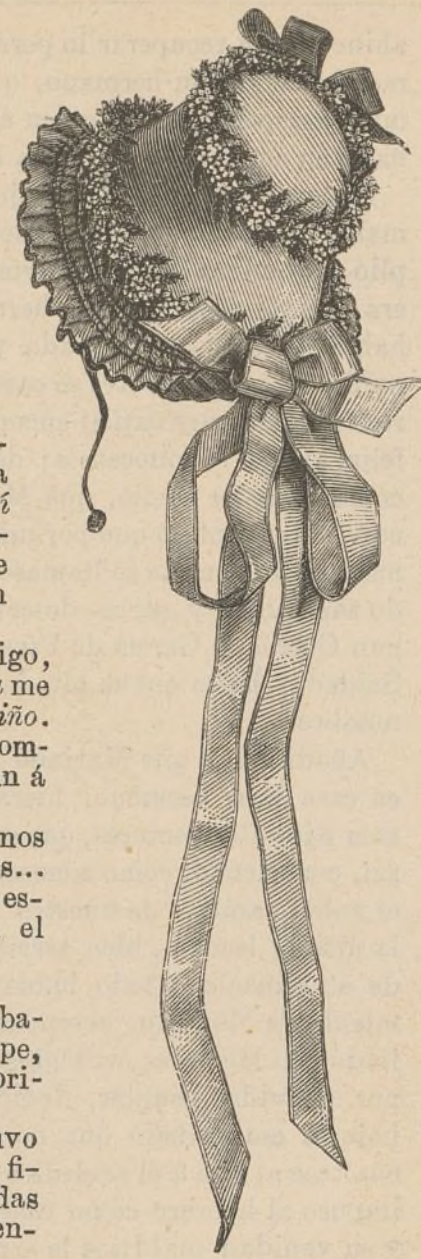
—Tú me has traído la felicidad, pero aún espero de tí su complemento. ¿Te acuerdas de lo que nos decía Jorge acerca de su ciudad natal, la bella Nijni-Novgorod? ¿te acuerdas de cuáles eran sus votos, sus esperanzas? Pues bien; quiero que, cuando se efectúe mi enlace, se hayan en parte realizados.

3. Sombrero Penchicoff, con ala estrecha. (Véase el núm. 4.)

do; quiero ofrecerle á ella este regalo de boda, y que seas tú, el amigo de ambos, el que lleve á cabo la empresa...

Todo lo tengo calculado tiempo há, preparados los tesoros que hacen falta, extendidas las órdenes oportunas... Partirás secretamente, para que no llegue á oídos de ella...

—¡Ah, señor, interrumpió Alejo con trasporte! ¡cuán bueno, cuán



5. Sombrero Florentino, de copa elevada.



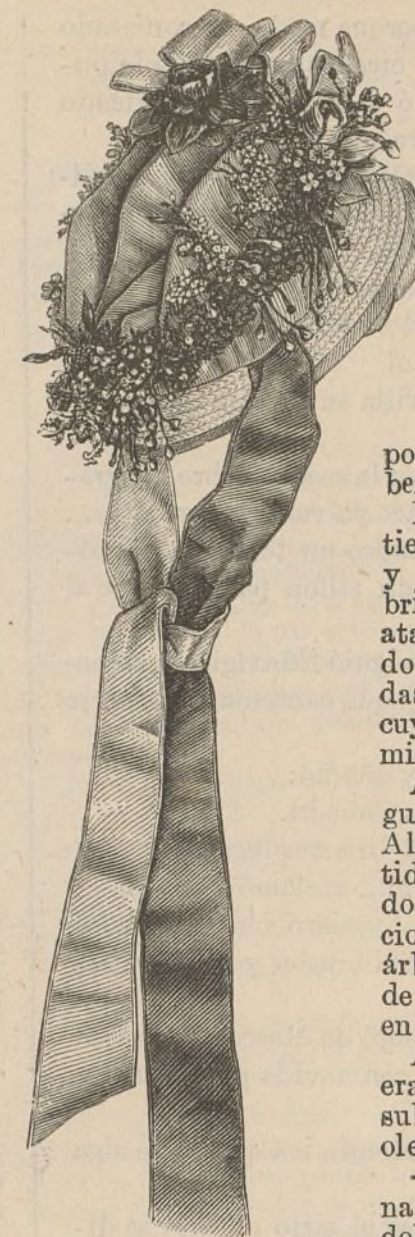
7. Vestido para niña.

8. Vestido princesa para niña. (Véase el núm. 9.)

10. Vestido inglés para niño.

9. Espalda del vestido núm. 8.

6. Sombrero Malquistier, de fondo bullonado.



4. Sombrero Roberto, con ala estrecha. (Véase el núm. 3.)

noble, cuán generoso sois! Ann en medio de vuestra felicidad pensais en los demás!... Partiré al rayar el alba, me mostraré digno de la levantada misión que me habeis impuesto...

—Silencio, dijo Dimitri, á quien llenaban de rubor las alabanzas; hay mucho movimiento en la aldea, y podrían conocer tu voz...

En efecto; las personas y soldados que formaban el acompañamiento y la escolta de Marina, iban y venían en todas direcciones moviendo gran algarazara porque no hallaban en dónde albergarse.

Dimitri y Alejo echaron pié á tierra por no llamar la atención, y condujeron el caballo de la brida hasta el parque. Allí le ataron á un árbol, y el czar, dejando á su amigo para que lo guardase, se dirigió solo al edificio, cuyas ventanas aún estaban iluminadas.

Apénas habian trascurrido algunos segundos, cuando Alejo vió á una mujer vestida de negro, que, saliendo furtivamente del palacio, se deslizó por entre los árboles y subió las gradas de la iglesia, ocultándose en la sombra de la puerta.

Adivinó el joven quién era aquella mujer, y sintió subir á su corazón una oleada de cólera.

—¡Acaba de llegar Marina, rugió, y ya está tendiéndola sus infames lazos esa perpetua enemiga del trono!

Quiso asegurarse de si era realidad su sospecha, y subió rápidamente las gradas de la iglesia.

La luna le daba de lleno, iluminando su semblante con sus pálidos reflejos.

—¡Boris! gritó aquella mujer fuera de sí, tendiendo hácia él las manos...

Sintió Alejo acrecentarse su cólera, y respondió con acritud: —¡Es este nombre una amenaza, señora! ¡Augurais á Dimitri el fin del último monarca, que pereció víctima de vuestras intrigas!...

—¡Ah! suspiró Alejandra, pues en efecto era ella; ¡por qué me odiáis de ese modo!...



11. Vestido princesa con cola recogida.

12. Paletot para viaje. (Véase el núm. 13. Patron: pliego por el derecho, núm. II, figs. 1 á 7.)



14. Manteleta de entretiempo. (Véase el núm. 15. Patron: pliego por el derecho, núm. III, figs. 15 y 17a.)

13. Espalda del 1.º al. Patron: pliego por el derecho, núm. III, figs. 1 á 4.

15. Espalda de la manteleta núm. 14. Patron: pliego por el derecho, núm. III, figs. 15 y 17a.)



16. Manteleta-dolman. (Véase el núm. 17. Patron: pliego por el derecho, núm. IX, figs. 44 á 48.)

17. (Patron: pliego por el derecho, núm. IX, figs. 44 á 48.)

18. Vestido con túnica. Patron: pliego por el derecho, núm. XX, figs. 86, 87 y 88 á 90.)



19. Traje con manteleta y echarpe. Patron: pliego por el derecho, núm. X, figs. 40 y 50.)

20. Fichú y echarpe de tela ligera. Patron: pliego por el derecho, núm. XIII, figs. 57.)

—¡Guardaos! prosiguió el joven más y más enfurecido; Boris no tenía quién le defendiera... Si vos velais, yo vele; si vos acechais, yo acecho... ¡guardaos!

Alejandra parecía transfigurada: á esta amenaza, que en cualquiera otra ocasión hubiera irritado su soberbia, respondió inclinando su altiva frente, diciendo con extraña dulzura:

—Yo no puedo luchar con vos, Alejo. Hay en vos algo que me domina, que me subyuga... Al veros lo olvido todo, y sólo quisiera llamarme Eduvígis, ser vuestra dichosa madre...

Sus palabras tenían el singular poder de exasperar al joven, lejos de calmarle.

—¿Es ésta otra amenaza? gritó, pudiendo apenas contener su ira. ¿Queréis recordar que ya otra vez la tuvisteis ahrojada á vuestros piés, y que yo fui bastante débil para salvarla al precio de una infamia?

Pero ahora han cambiado las circunstancias; Eduvígis, que no es mi madre, tiene esposo que la defiende...

—¿Cómo! ¡qué!... balbuceó Alejandra, enderezándose como si la hubiese herido una chispa eléctrica; y fijando en el joven sus turbados ojos, le cogió ambas manos, y exclamó con acento delirante:

—¿Has dicho que no es tu madre?... ¡por qué la das este nombre!...

—¿Qué os importa? dijo bruscamente Alejo.

Vió en aquel instante que se acercaba Dimitri, y queriendo que no le viese su enemiga, se desasí de los brazos de ésta, empujándola hácia la puerta; bajó rápidamente las gradas y corrió á reunirse con él, desapareciendo ambos por entre los árboles.

Alejandra no pensó en seguirle.

Se había dejado caer de rodillas sobre las losas, murmurando:

—¡No es su madre!

Al día siguiente, Marina hizo su pública entrada en Moscou. Iba en una rica carroza, juntamente con su padre, que rebotaba de júbilo y de orgullo, siguiéndola á caballo sus hermanos y los señores polacos que habían venido acompañándola.

Su primera entrevista con el czar, que había salido á esperarla con su corte fuera de las puertas de la ciudad, en un pabellón magníficamente decorado y levantado al efecto, fué grave, solemne y angustiosa, como lo había sido su última despedida.

Dimitri tuvo la suficiente energía para retener oculto dentro del corazón el fuego que le devoraba, y la habló con la ceremoniosa deferencia debida á la que iba á compartir su trono.

Cambiados los saludos oficiales emprendieron de nuevo la marcha, acompañando el czar la carroza, montado en un caballo ricamente enjaezado.

Por entre las oleadas de la multitud, que había acudido ansiosa de ver á su futura soberana, llegaron al Kremlin, en donde Marina recibió el homenaje de los altos dignatarios del Estado, y luego Dimitri la acompañó al convento de la Ascension, en el cual debía hospedarse hasta que se efectuara su enlace.

Marfa esperaba á su hija política en lo alto de la escalera principal, y cuando la vió acercarse, tan joven y tan bella, bajó precipitadamente y la tendió los brazos.

Marina se lanzó en ellos, y la devolvió apasionadamente sus caricias.

—¡Madre mía! exclamó Dimitri, no pudiendo ya soportar su emoción; os entrego á vuestra hija: amadla como merece, y como vos sabéis amar.

Luego se inclinó profundamente, y regresó con su comitiva al Kremlin.

A aquella misma hora, una mujer vestida de negro llamaba al palacio Paolovitch.

Introdujéronla en un salón, en donde se hallaba Eduvígis con sus hijos.

—¡Sois vos! exclamó llena de asombro al reconocer á Alejandra; ¡vos en mi casa!

A una seña de ésta, mandó á sus hijos que se alejasen, y luego la preguntó con inquietud:

—¿Qué queréis de mí?

—Primero, dijo Alejandra dando á su voz aquella suave inflexión que sabía hallar el camino de las almas, otorgaros un favor en compensación de cuanto os hice sufrir; luego, pedir os un servicio.

Sé que vuestro hijo mayor ha abrazado la carrera eclesiástica, y que ha recibido ya todas las órdenes.

Soy amiga del patriarca Job, y he recabado de él que le nombrase dean de la iglesia de la Asunción.

Hé aquí su nombramiento, añadió entregándole un escrito. Aunque su edad es corta, cortos todavía sus méritos, el patriarca espera que sabrá mostrarse digno del honor que le dispensa.

Eduvígis, trémula de alegría, tomó el nombramiento, y dijo, deseosa de mostrar su gratitud:

—¡Y el servicio?

—Es muy pequeño, prosiguió Alejandra sonriendo. Sé

que Alejo no es vuestro hijo, porque me lo ha confesado él mismo, y deseo conocer las circunstancias que le pusieron bajo vuestro amparo. No temais, añadió viendo que Eduvígis palidecía; no corre ningún peligro.

Quizá del secreto que vais á revelarme dependa su felicidad y la mía... tal vez sepa yo quién es su dichosa madre...

Eduvígis vaciló algunos instantes.

—¡Jurais, dijo por fin, que el secreto que os revele no le perjudicará en lo más mínimo?

—Lo juro por esa cruz que brilla en vuestro pecho, exclamó Alejandra.

—Pues bien, repuso Eduvígis; le recogí sobre las gradas de la iglesia de Mojaisk, hace ya veintinueve años...

Agitó los miembros de Alejandra un temblor convulsivo, y tuvo que apoyarse en un sillón para no caer al suelo.

—Nada sé de sus padres, prosiguió Eduvígis; pero poseo un bolso bordado de oro, y que contenía una fuerte suma...

Miró á Alejandra fijamente, y añadió:

—El bolso tiene las armas de Chiuski.

Alejandra lanzó un grito de delirante alegría.

—¡Es él!... ¡mi hijo! mi hijo!... exclamó fuera de sí. ¿En dónde está? ¡Quiero verle!... ¡quiero verle al instante!... Quiero estrecharle entre mis brazos, y decirle: ¡soy tu madre!

—Alejo ha partido secretamente de Moscou, al rayar el alba, interrumpió Eduvígis, conmovida por la explosión de aquel amor inmenso.

—¿Ha partido? ¿adónde?... ¿adónde irá que no le siga yo?...

—Es que no ha querido revelar el sitio al cual se dirigía...

—¡Dios mío, Dios mío! murmuró Alejandra con profundo desaliento; ¡perderle de nuevo, cuando acababa de encontrarle! ¡Mi hijo!... mi Alejo!... ¡Ay, desdichada!

Y por la vez primera de su vida inundó sus mejillas un raudal de lágrimas.

CAPÍTULO XIII.

Viajaba entre tanto Alejo con toda la posible rapidez, ansioso de llevar á cabo la noble misión confiada á su lealtad; pero cuando llegó al gobierno de Nijni-Novgorod sintió oprimirse dolorosamente el corazón al ver el espectáculo que por todas partes se ofrecía á sus ojos.

Campos yermos y despoblados, miserables y ruinosas aldeas, castillos ennegrecidos aún por la incendiaria tea de los soldados del terrible czar de Rusia.

Aquí era un bosque entero devorado por las llamas, y del que sólo habían quedado algunos añosos troncos por reliquia; allá eran las paredes del santuario profanado, convertidas en escombros.

Algunos labradores, extenuados por la miseria, se veían á veces hundiéndose el arado en la estéril tierra; otras, eran mujeres, seguidas de sus harapientos hijos, las que sucumbían bajo el peso de la carga de secos frutos, que llevaban á vender á algún pueblecillo inmediato.

Por todas partes imágenes de desolación y ruina.

Vano era buscar en aquellos campos un solo vestigio de su pasada riqueza, y su desnudez demostraba con elocuencia que había pasado por allí la implacable venganza de Ivan IV.

Las ciudades populosas habían seguido la suerte de las aldeas, y sus calles estaban cubiertas de musgo, desiertos sus templos y abandonados sus bazares, centros antes del más activo comercio.

Los magnates gemían en tierra extranjera ó suspiraban entre cadenas; los ricos mercaderes habían ido á buscar en otras ciudades el logro ambicionado. Los mercaderes son como las golondrinas, que cuando la tierra se cubre de escarcha, atraviesan los aires en pos de sol, árboles y amores.

Los pobres son como aquellas aves adheridas fielmente á las ramas en donde se mecía su nido, y que, apoyadas en ellas, desafían la intemperie.

Los pobres eran los únicos habitantes que habían quedado en el gobierno de Nijni-Novgorod, á excepción de los ministros de Dios, que, cual ellos, no habían querido abandonar las ruinas de sus altares.

Mil veces Alejo, en su peregrinación, se detuvo enternecido á contemplar el tierno cuadro que ofrecían aquellos mendigos, prosternados entre los escombros de un templo, sobre cuyo desnudo altar un sacerdote ofrecía á Dios el Cordero inmaculado, formando sublimes armonías lo melancólico del sitio, las voces trémulas de los fieles, y el puro sacrificio de una religión de paz, de amor y de esperanza.

Cuando Alejo llegó al lindero del último bosque de pinos, que cual un verdoso cortinaje rodea la capital, su corazón estaba destrozado.

Doraban entonces esta confusa mezcla de grandeza y de miseria los últimos rayos que despedía el sol al ocul-

tarse entre celajes de grana, y la aproximación de las tinieblas concordaba perfectamente con el ruinoso aspecto de la que había sido metrópoli orgullosa.

Pero á medida que avanzaba hácia ella, sorprendíale la vista de algunos edificios nuevos que se levantaban al lado de las ruinas, y la animación que, á pesar de lo avanzado de la hora, se notaba por todas partes. Penetró en la ciudad.

(Se continuará.)

BIBLIOGRAFÍA.

La República de las Letras, cuadros de costumbres literarias copiados á la pluma por Manuel Ossorio y Bernard. Madrid, establecimiento tipográfico de E. Cuesta, calle del Rollo, número 6, 1877, un volumen en 8.º 8 rs.

A la pintura exacta que arrastra en pos de sí la miserable vida del escritor público, está consagrado el libro que tenemos ante nuestros ojos, del reputado periodista D. Manuel Ossorio y Bernard. Tarea difícil y espinosa era por demás, si había que retratarla con todos los detalles y medias tintas que entraña un asunto tan diverso y prolijo; pero confesamos ingenuamente que el retrato puede arrostrar el porvenir, como una obra maestra que es.

Hace algunos años, nó muchos por cierto, la poesía, que apenas si contaba con qué alimentarse, y Dios sabe con lo poco que vivía, se puso á escribir en prosa, llevando á ella los rencores y los odios de su escuela, escuela de héroes agostados en flor, de genios peligrosos y desconocidos, que, de abortos en abortos, llegaron al fin á detestar al género humano, como si este pobre género humano fuera cómplice en sus desgracias.

¡Desdichados! En su furor no pensaban que la vida del escritor es la tranquilidad, el pensamiento; que sólo se pertenece á su pluma, á sus libros, dignos compañeros de los grandes talentos que traspasaron el dintel de este mundo, cuando no pudieron seguir á sus semejantes en el azaroso camino de su peregrinación por la tierra, y á mayor abundamiento, los amargos frutos que la nueva generación recogería de aquella semilla esparcida á todos los vientos del destino.

Crítico y distinguidísimo, el Sr. Ossorio y Bernard, con galano estilo y la risa en los labios, coloca en el pílori de los condenados á esos modernos judíos errantes de nuestra literatura, que en un principio eran buenos y tenían fe y esperanza, y que, al sentirse aislados, un punto imperceptible de la circunferencia inmensa, maldicen los obstáculos que se oponen á la realización de sus esperanzas y al libre ejercicio de su autoritario saber. La gracia con que el autor de *La República literaria* se burla de ese furor que ha acometido á nuestra juventud de algún tiempo á esta parte, de dar á la estampa sus nobles deseos y sus vastos pensamientos, es verdaderamente digna del padre Aristófanes, como la tendencia á ello que podríamos llamar, con justísimas razones, el desconocimiento de sí mismo, antes de entrar en esa carrera de las letras, tan llena de peligros, de obstáculos, de emboscadas, de trampas, y que demanda en tan alto grado la paciencia, el estudio, la tranquilidad, la ausencia de toda mala pasión y de la envidia, la reserva, la prudencia, la modestia y el valor.

De todas las caídas, la más terrible, como la más alta, es la de los imprudentes que quieren arrastrar á sus tinieblas el mismo carro del sol. No hay castigos más terribles para todas las ambiciones como para la ambición literaria.

Y sin embargo, no ha habido época de más ambiciones como la actual, porque, en efecto, á todas las miserias ordinarias de los que han profesado las letras en todos los siglos tenemos que añadir, en nuestros días, una miseria desconocida de los literatos de otros tiempos pasados, la pasión política y la necesidad, reciente entre nosotros, de su pérdida. De esa necesidad que ha impulsado á tantos talentos distinguidos á mezclarse, como si este asunto les incumbiera, en la administración de los Estados y en el gobierno de los pueblos.

En este rudo y triste oficio, para el cual, ciertamente, no los ha criado el buen Dios, ni colocado en el mundo, hemos visto sucumbir hace algún tiempo las más raras inteligencias, y perderse en mil esfuerzos impotentes, en mil trabajos inútiles.

Y no tratamos únicamente de referirnos al polvo de la montaña en que se abrigan las medianías, y en la que su misma insignificancia los había condenado de antemano, sino á la cima del Parnaso en que anidan las almas escogidas, que contienen eternos poemas de amoroso encanto, y que se han divertido en formular efímeras leyes para pueblos ingratos, que las han desgarrado en una hora fatal de mal humor. ¡Ay, ministros y poderosos de un día, que habéis olvidado que érais poetas!

Dice un axioma de la antigua Grecia, que es preciso principiar bien las cosas; en el ejercicio de las letras, es lo que más importa antes que todo. El principio depende siempre de uno mismo; el fin, la fortuna es la que decide.

Por esta razón no nos cansaremos nunca de repetir á nuestros jóvenes literatos que principien por ser amables, si quieren que los demás lo sean con ellos; que sean justos, si desean encontrar simpatía y benevolencia; que su talento busque la sencillez, la rectitud, la serenidad, si esperan que el lector se habitúe á escucharlos, á leerlos, á seguirlos, á amarlos, á tener en ellos confianza, y más tarde su estimación y su respeto. ¡De qué les ha servido á algunos su maldición contra los hombres y las cosas que les rodeaban, la violencia contra sus obras, su rabia contra instituciones respetadas y respetables, su demencia furiosa, implacable, contra todo!

En cambio, les ha hecho mucho daño á ciertos talentos en germen, ha desmentido muchas esperanzas, ha cambiado más de una pluma galana y fácil, docta y ondulante, en un instrumento informe, semejante á una

barra de hierro. Nosotros los hemos visto poner manos á la obra, estas modernas furias de ojos verdosos, azotando con epigramas la hermosa lengua rotunda y sonora que hablaban nuestros padres, sin comprender el triste efecto de sus tristes epigramas, improvisados en ocho días de epilepsia, aprendidos con complacencia de memoria en un momento y recitados en el mismo tono del *pro Milone*.

Difícil nos sería decir á nuestros lectores, cuál de los cuadros de costumbres literarias que componen este volumen apreciable nos ha gustado más, y en cuál ha estado, á nuestro parecer, más feliz y oportuno el Sr. Ossorio y Bernard en la pintura, pues todos sin distinción alguna nos merecen el mismo concepto y calificación.

Ya se nos alcanza el disgusto con que algunas celebridades de relumbrón, de las que por desgracia están abundante hoy nuestro bendecido suelo, habrán acogido tan curioso trabajo, que viene á exhibir no pocas de sus miserias y patentizar no pocas de sus glorias; pero los escritores de buena fe, que no son tan pocos como se quiere creer; aquellos que aún no hayan vendido su conciencia por un plato de lentejas, no podrán menos de rendir homenaje á la verdad, y apreciar el valor y el mérito del autor de la obra *La República de las Letras*, que ha aquílatado con esta producción, escrita con esa aparente sencillez del que conoce á fondo la hermosa habla castellana, y sabe manejarla, y no decir más que lo que desea, la envidiable reputación ya conquistada en buena ley con sus trabajos precedentes.

VICENTE CUENCA.

EL NUEVO LIBRO DE ABDON DE PAZ (1).

Sin perjuicio de ocuparnos más extensamente de la notable obra que con el título de *El Arbol de la Vida* (Estudios fundamentales sobre el Cristianismo) ha publicado hace poco el joven y reputado escritor Abdon de Paz, trasladamos á continuación algunos juicios críticos, tan unánimes como espontáneos, emitidos por distinguidos periódicos de todos los matices políticos, respecto de su influencia moralizadora y de su gran mérito filosófico-literario.

De la *Gaceta*: «Se ha puesto á la venta en las principales librerías *El Arbol de la Vida*, de Abdon de Paz (Estudios fundamentales sobre el Cristianismo). Su autor, tan reputado en esta clase de graves estudios, venía hace cinco años escribiendo esta obra, digna de figurar con justicia en la biblioteca de toda persona ilustrada.»

De *La Epoca*: «Estudios y trabajos de este género son los que insensiblemente y gradualmente, pero de una manera eficaz, contribuyen á moralizar á los pueblos en que hacen estragos la duda y el descreimiento por falta de atención hácia asuntos de tan capital importancia. Bajo este punto de vista, la obra del Sr. D. Abdon de Paz es una perla entre tantas publicaciones frívolas é insustanciales como salen diariamente á luz.»

De *La Revista Contemporánea*: «Parece este libro al *Genio del Cristianismo* de Chateaubriand... Está escrito por el sentimiento y la fantasía, que tienen el privilegio de embellecerlo todo. Hay en él cierto espíritu tolerante y evangélico que no deja de tener encanto. La obra responde á un propósito generoso, y está escrita con sentimiento y elegancia.»

De *La Revista Europea*: «Reconocemos de buen grado el gran mérito que contrae el Sr. Paz con la publicación de su libro, y le felicitamos por su laboriosidad é inteligencia y por la afición que demuestra en ésta y otras obras á los estudios serios, que forman la base de la verdadera cultura.»

De *La España*: «Es de admirar en un láico, que además es joven, el estudio que ha hecho de las Sagradas Escrituras. En este punto su erudición es extraordinaria, y lo es también en asuntos profanos, de que hace alarde y gala con verdadero talento... Su obra es un conjunto de generosos esfuerzos para servir á la fe y á la patria española... Confesamos que *El Arbol de la Vida* es un hermoso y buen libro. Está escrito con corrección y galanura, y en elegantísima y agradable prosa, dictada por un espíritu ingenioso, dulce y apacible.»

De *El Imparcial*: «Estos estudios han sido escritos en un lenguaje que tiene por condiciones preciadísimas el buen decir, la corrección y la galanura, en un lenguaje que afirma el renombre de escritor del Sr. Paz, quien al propio tiempo ganará fama de ilustrado, porque su *Arbol de la Vida* revela gran cultura religiosa y profana, atento estudio de los textos bíblicos, de la historia del pueblo de Dios, de los orígenes del Cristianismo, y de los libros más notables de crítica religiosa que se han publicado en época reciente.»

De *El Boletín Eclesiástico del Arzobispado de Toledo*, aparte determinadas apreciaciones que deja íntegra en prueba del desinterés de su juicio: «La manera que tiene el autor de tratar los asuntos, la novedad que presenta en ciertas cuestiones, la erudición vastísima que refleja en todo el libro, y las bellezas literarias de dichos estudios, hacen muy recomendable la obra de que nos ocupamos. El Sr. Abdon de Paz lanza un reto á la ciencia para que venga al campo de la Iglesia, y una vez en él, la hace ver que, no sólo no la teme, sino que la sale siempre al encuentro, alistándola bajo sus banderas.»

El popular escritor está recibiendo además numerosas felicitaciones de personas ilustradas de todos los partidos.

En cuanto á nosotros, le felicitamos igualmente de todas véras por su última producción, de la cual parece ya ya vendida gran parte de la edición, compuesta de algunos miles de ejemplares; y le felicitamos tanto más, cuanto que sabemos que un distinguido literato francés, M. Beaufort, la está traduciendo en París, donde, para

enseñanza nuestra, son aún más apreciadas que en España obras de esta naturaleza.

**

Dentro de pocos días aparecerá, elegantemente impreso, un tomo de poesías escogidas, del conocido joven escritor D. Pedro Sañudo Autran, director del *Correo literario* de Ciudad-Real, titulado *Neblinas*. Las poesías con que nos ha favorecido, y que enaltecieron varias veces las columnas de nuestro semanario, nos inducen á augurarle un éxito sumamente lisonjero.

**

En la educación moderna, y sobre todo en la que se da á la mujer, son de tal necesidad los conocimientos musicales, que apenas hay familia que pueda prescindir del piano.

Este precioso instrumento, tan perfeccionado en nuestros días, ha llegado á ser el resumen de una orquesta bajo las manos de un solo ejecutante. La melodía y la armonía, que constituyen las poderosas columnas del arte musical, son tan naturales á este instrumento, que se reproducen con facilidad á pesar de sus variados ritmos.

Hasta hace algunos años, su adquisición era difícil; pero hoy puede comprarse hasta pagándolo en veinticuatro meses, satisfaciendo en cada uno de ellos poco más de lo que cuesta el alquiler mensual. Hay más: la reputada fábrica del Sr. Eslava, cuyos hermosos pianos llenan los aristocráticos salones de Madrid, da estas facilidades, y reembolsa al comprador la cantidad empleada.

Creeríamos un sueño tan atrevida oferta, si ésta no la hiciera una casa tan respetable y conocida en el mundo musical.

¿Quién, que compre un piano, no elegirá este nuevo sistema, que tanto beneficio reporta al comprador? Por 4.500 á 5.000 rs. se puede obtener un magnífico instrumento de este valor, y de regalo además 4.500 á 5.000 reales de obras musicales, escogidas por el interesado, bien para formar con ellas una rica biblioteca, como es costumbre en Alemania y Francia, ó bien para la completa educación música de sus hijos.

Recomendamos este nuevo y económico sistema, cuyas fabulosas ventajas han sido desconocidas hasta el día.

**

Lo más selecto de nuestra sociedad acudió el martes pasado al Teatro Español, donde tuvo lugar el gran concierto con orquesta, dado por F. Planté y J. Servais. Esta velada musical fué un verdadero acontecimiento. El público estimó en lo que vale la fama de que viene precedido el pianista Sr. Planté y la justa reputación de que goza el Sr. Servais. Este es artista de talento que ejecuta con brillantez, y aquél un maestro que posee la escuela más perfeccionada, venciendo siempre todas las dificultades del mecanismo. Planté saca sonidos del piano completamente nuevos, y su digitación en las escalas es perfecta, siendo de notar su velocidad y regularidad en las mismas, figurando este artista por sus excelentes cualidades en la pléyade de Liszt, Gotschalt y Thalberg.

Ambos concertistas obtuvieron una ovación continuada, sobresaliendo Servais en las grandes fantasías de Auber y de Beethoven; y Planté en la melodía *Hongroise* de Liszt, y en el wals de Rubinstein, que, aunque no figuraba en el programa, dió á conocer en una de las muchas veces en que fué llamado con entusiasmo por los espectadores, á quienes cautivó, particularmente en los *staccati* y en el manejo de los pedales.

El público, del cual formaban parte distinguidos cantantes y músicos de nota, salió sumamente complacido de dicho concierto, al cual asistieron S. M. el rey, S. A. R. la princesa de Asturias, el cuerpo diplomático y algunos consejeros de la Corona.

Soluciones á la charada que apareció en el núm. 17 de EL CORREO, correspondiente al 2 de Mayo, por las Señoritas Doña Camila Albarrán, de Hoyos; Doña María Padro, viuda de Espinalt, de Manresa; Doña Felipa Pinos, de Zaragoza; Doña Casilda y Rafaela Tavoada y Dominguez, de Rivadavia; Doña C. Jimenez, de Madrid; Doña Baudillo Castrillo de Cabia, de Burgos; *La nube*, de Asturias; Doña Isabel Bonal de Hugués, de Torredembarra.

Además, hemos recibido soluciones de la misma, en sonoros y bellos versos, debidas á las discretas Señoritas Doña Filomena Jáuregui, de Madrid; Doña Concepción Castro y Valdés, de Figueras de Asturias; Doña Antonia Diaz Luna, de Castropol; Doña Rita Balbuena, de Pamplona; Doña Luisa Santaella, de Valencia; Doña Teodora Justiniani, de Valladolid; Doña C. R. y T., de Vigo; y Doña Carmen Sanchez, de Toledo; á las cuales, por ser tantas, no podemos dar cabida.

Así, pues, nos limitamos á insertar la siguiente, porque, siendo obra de un amable caballero, no implica preferencia entre ninguna de nuestras queridas suscriptoras.

Solución á la charada en acción inserta en el núm. 17 del CORREO DE LA MODA, perteneciente al 2 de Mayo de 1877.

1.^a Al salir á la escena
De tu charada,
La gentil y donosa
Primera dama,
Me fijé un poco...
Y la juzgué ligera
Cual ave *Coco*.
Cual el *coco* sabroso
Me ha parecido;
Yo no sé si de *coco*
Era el vestido,
Pero el rosario,
Me pareció de *coco*

Bastante raro.
Si ella *cocos* me hiciera,
Nó como insecto,
La diera por ser dama,
Ciento por ciento;
Aunque bien sé
Que cuando niño al *coco*
Miedo tomé.
2.^a y 3.^a A tu escena segunda
No he visto entera
(Pues me entretuve un poco);
Sólo vi *média*,
Y era de *día*
3.^a Cuando vi á dama terciá
Que concluía.
2.^a y 1.^a Segunda y prima damas
Representaban
La escena que en Galicia
Del *Meco* llaman;
Cuento gracioso,
Que nó muchos conocen,
Aunque es famoso.
1.^a y 2.^a Pero el cuento acabemos,
Que ya las damas,
Por ser larga la escena
De puesto cambian,
Y yo presiento
No sé qué en el estómago
Que me es molesto.
Las actrices sin duda
Lo comprendieron
y el telon al bajarse,
come, dijeron.
Se acabó el cuento;
los comentarios restan
del argumento.
Todo. Quien de aquesta *comedia*
no entienda el todo,
que reclame el dinero,
que no sea bobo...
y á Papillon
que le dé un abrazo
por su invención.

AMADOR VILLA IGLESIAS.

CHARADA.

Tres sílabas contiene
Esta charada,
Y de ellas aparecen,
Todas bien claras,
Una vasija
Que presta un gran servicio
A las familias;
Un reptil asimismo
De aspecto feo,
Si no lo es para otros,
Para mí al menos:
Y digo yo esto
Porque he visto á muchos
Hasta comerlos.
Una canción antigua
También resulta,
Que cantaba con gracia
La Rita Luna,
Allá en los tiempos
De chambergo, capilla,
Gola y gregüescos.
Mandato significa
Segunda y prima,
Y también otra cosa
Varia y distinta,
Que muy bien puede
Ser de materia dura
O de otra endeble.
El todo es aquí el nombre
De cierta tela
Fina, de lana,
Calidad buena,
Que el bello sexo
En sus trajes emplea
En todo tiempo.

JERÓNIMO COUDER.

1.^o de Febrero de 1877.

EXPLICACION DEL FIGURIN 1.266.

FIG. 1.^a Traje para teatro y concierto. — Vestido de faya imperial negra, con túnica guarnecida de ancha blonda negra bordada de oro, lazos y pluma, y limosnera orillada de fleco, y bordados encima inicial con corona. Completa este rico traje fichú de blonda bordada de oro, gola y mangas de encaje blanco, abanico de borlas y guantes color paja.

FIG. 2.^a Traje de baile. — Vestido de gasa rosa, que dibuja extensa cola con volante á tablas, orillado por un plisé, al que sirve de cabeza un estrecho biés, y encima un bullonado ancho. El cuerpo, abierto en punta sobre peto tableado, lleva por adorno dos guirnaldis bordadas. Túnica echarpe de crespón rosa, puesta atravesada, y sujeta en un costado con un ramito de flores, del cual descendiendo una caprichosa guirnalda, que sube á morir en el otro costado. La echarpe lleva además el mismo bordado que decora el cuerpo. Camiseta y mangas de tul de ilusión blanco ó encaje. Las mangas llevan en el hombro un ramo de flores. Collar de muchas vueltas de oro, y brazaletes de oro. Guantes blancos largos, y zapatos rosa. Ramo de las mismas flores en el peinado.



23. Paletot de entretiempo. (Véase el núm. 24. Patron y explicación: pliego por el derecho, núm. II, figs. 8 á 14.)



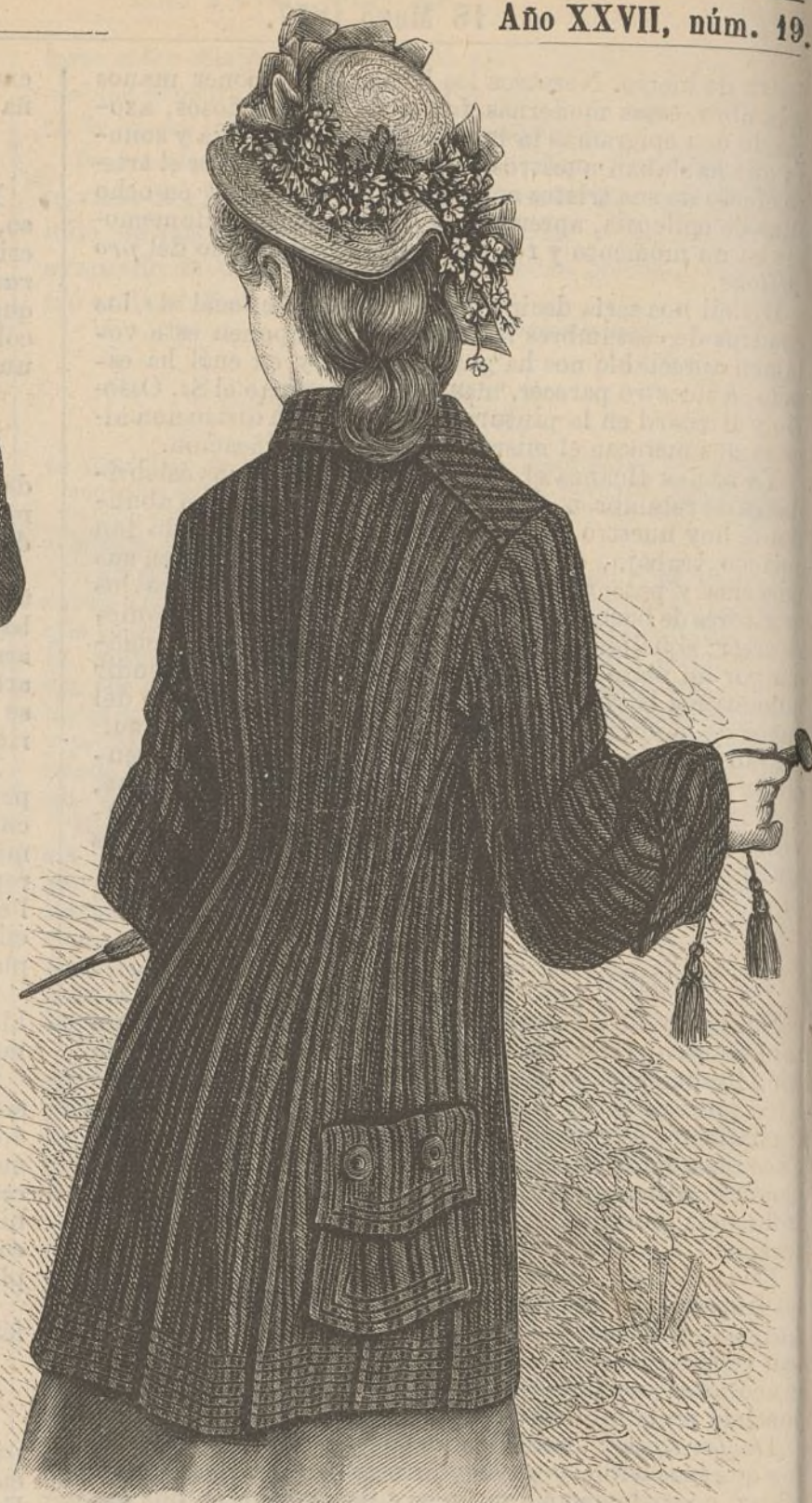
21 y 22. Paletot Ulster, para señora. (Patron y explicación: pliego por el revers, núm. XVIII, figs. 78 á 84; 14 á 24.)

GRAN PELUQUERÍA Y PERFUMERÍA DE S. M.

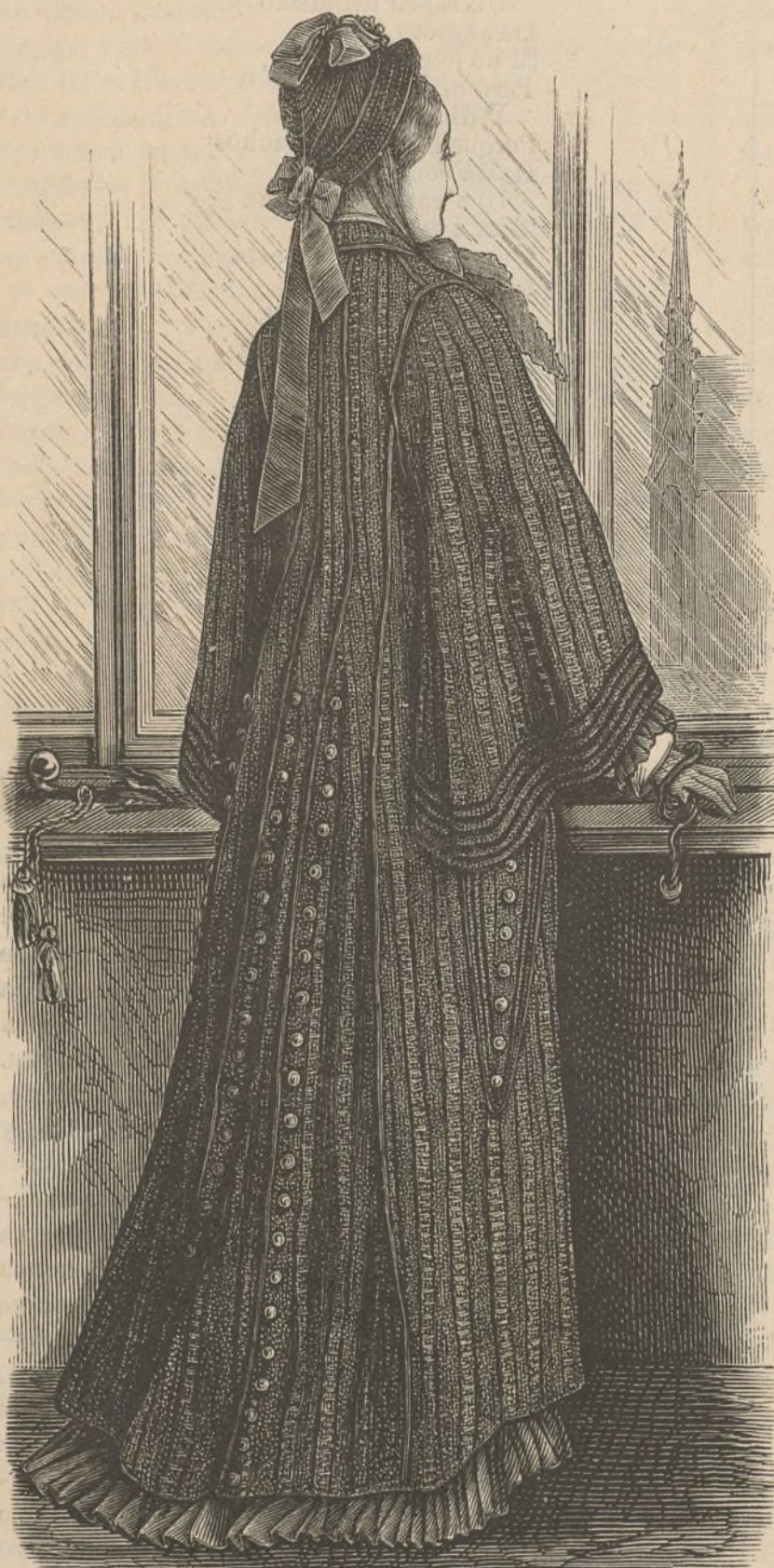
Plaza del Príncipe Alfonso, núm. 15.

Hemos visitado con sumo placer los escaparates de este magnífico establecimiento, en los cuales se ostentan con profusión las últimas novedades de la moda, tanto en lindísimos peinados, como en artículos de perfumería de lo más selecto.

La simpática directora de dicho establecimiento



24. Espalda del paletot núm. 23. (Patron y explicación: pliego por el derecho, núm. II, figs. 8 á 14.)



25. Espalda del paletot núm. 25. (Patron y explicación: pliego por el revers, núm. XI, figs. 52 á 55a.)



26. Abrigo-paletot con manga y esclavina. (Véase el núm. 26. Patron y explicación: pliego por el revers, núm. XI, figs. 52 á 55a.)

acaba de regresar de París, en donde ha permanecido por espacio de veinte días, ocupándose en estudiar los adelantos de la moderna industria concernientes al ramo que con tanto aplauso cultiva.

Así, pues, nuestras suscriptoras de Madrid pueden dirigirse con toda confianza á esta casa, favorecida há largo tiempo por las damas elegantes de la aristocracia, seguras de hallar, además de los peinados más nuevos y caprichosos, tintes superiores para el cabello, blancos finísimos y cuantos objetos necesita una señora para su tocador.

Las de provincias pueden hacer sus pedidos á la señora directora, y serán servidas con la mayor puntualidad y economía.

También los peluqueros encontrarán cabello de todos los colores, aún los más raros, á un precio módico.

Se remiten igualmente á provincias.



27. Paletot para campo y viaje. (Patron: pliego por el derecho, núm. I, figs. 1 á 7.)

Las Sras. Suscriptoras á la 1.^a y 4.^a Edición, recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO, y las de 1.^a, 2.^a y 4.^a, el patron de tamaño extraordinario.

Administración, Plaza de Isabel II, núm. 2.

Tip. de Gregorio Estrada, Doctor Fourquet (antes Hiedra-í).

Editor propietario: Carlos Grassi.